

FORMAS DE CONVIVENCIA SOCIAL

Así como el Homo Sapiens ha ido cambiando durante los milenios, a lo largo del camino de su evolución, también han ido cambiando las formas en que se ha organizado para convivir con sus semejantes. Ninguno de los dos procesos evolutivos se encuentra detenido.

Constituye una verdad conocida y admitida que nuestras estructuras sociales han cambiado en una medida considerable durante los últimos cien años, produciéndose los cambios más substanciales quizás durante los últimos cincuenta o sesenta -vale decir: en vida de las últimas dos o tres generaciones. Las que ya no resultan tan conocidas son las perspectivas de los cambios futuros y las que no resultan tan admitidas son las posibles consecuencias a largo plazo de todos estos cambios. En muchos casos se han ido introduciendo cambios en nuestra estructura social aceptando implícitamente como postulado que el cambio, cuando está implementado con buenas intenciones, siempre es beneficioso. Este optimismo profesional, transferido del entorno económico e industrial en dónde el último modelo es -al menos supuestamente- siempre mejor que su predecesor, no tiene demasiados fundamentos. Menos aún aplicado a lo social.

El cambio no es siempre y necesariamente favorable y de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno. Tantas personas bienintencionadas han cometido tantos desastres a lo largo de nuestra Historia que ya sería hora de comenzar a desconfiar un poco de las simples buenas intenciones. A la hora de resolver problemas complejos no necesitamos buenas intenciones; lo que necesitamos es **efectividad, eficiencia y viabilidad**.

Nuestras sociedades son un problema complejo. Además de ser estructuralmente complejas, el problema se nos complica aún más por lo que hemos mencionado antes: no conocemos lo suficiente a su protagonista básico que es el Hombre. Cuando de analizar la sociedad se trata, partimos de otra de esas entelequias que es el Individuo.

El Individuo es un concepto abstracto, producto de un análisis, y la Humanidad es otro concepto abstracto, producto de una síntesis. Lo concreto son las personas y las sociedades. Lo concreto no es el Individuo analíticamente destilado sino la Persona con ciertas, precisas y determinadas características que llamamos -exactamente- personalidad. Lo concreto no es una Humanidad sintetizada en un proceso intelectual sino las Sociedades con ciertas, precisas y determinadas estructuras que rigen, ordenan y establecen las relaciones de las personas entre si.

Nuestra sociedad se compone de personas y seguimos tratando de organizarla como si estuviera formada por individuos. El Individuo es otro de los grandes mitos del Iluminismo y la Enciclopedia que la Revolución Francesa perpetuó quizás, debido a su materialismo básico.

De hecho, por sorprendente que parezca, el concepto de "individuo" no proviene del ámbito social; no es un concepto sociológico sino biológico. El individuo social es una transposición al área sociopolítica del concepto de individuo biológico desarrollado en el área de las ciencias naturales.

En su gran entusiasmo por la ciencia y los métodos científicos, los pensadores del siglo XVIII comenzaron a aplicarle a las sociedades humanas los métodos empleados en la generalidad de las Ciencias Naturales. La tendencia, nacida por oposición a un dogmatismo teológico que veía en la Revelación el principal punto de referencia para el conocimiento y en la intervención de la voluntad divina la explicación última de los hechos tuvo indiscutibles méritos. Nos llevó a la observación sistemática y metódica de nuestro mundo. Nos llevó a buscar, investigar, preguntar, experimentar, formular hipótesis y, eventualmente, descubrimos hechos que nos resultaron de enorme utilidad. Pero en el contexto de ese proceso, en algún lado, se produjo una especie de cortocircuito: no solo nos pasamos de la raya con el método científico creyendo que absolutamente todo podía ser explicado, medido, pesado y manipulado, sino que, además, empezamos a utilizar los hallazgos científicos asimilándolos por analogía y sin verificarlos como hubiera sido aconsejable.

A los conceptos abstractos, obtenidos por medio de una multiplicidad de observaciones en un área, los fuimos trasladando a otras áreas sin tomarnos demasiado trabajo en realizar la misma cantidad exhaustiva de observaciones. Nos entusiasmos con las similitudes y perdimos de vista buena parte de las diferencias.

Descubrimos la maravillosa estructura organizativa de hormigas y abejas, nos sorprendimos con la similitud entre estas estructuras y la de nuestras sociedades, y al día siguiente salimos alegremente a teorizar acerca de modelos "naturales" de sociedad. Después, cuando las sociedades-hormiguero que conseguimos crear empezaron a presentar serias dificultades, creímos que podríamos balancear la fórmula aumentando la dosis de idealismo humanista.

Todavía no terminamos de comprender que no debemos invalidar nuestras observaciones sino las conclusiones apresuradas que hemos sacado de ellas. No hay nada malo en los datos aportados por las ciencias naturales; no hay nada malo en que hayamos descubierto la similitud que existe entre una fábrica de mermeladas y un panal de abejas. Lo malo es que no le hemos dedicado a la antropología ni la mitad del estudio serio y desapasionado que le hemos dado a la zoología y a la botánica; por lo que aceptamos, implícita o explícitamente, el cortocircuito mental de creer que se puede organizar a toda una sociedad como si fuese una fábrica de mermeladas.

No se puede. Es inútil que tratemos de mitigar el absurdo sumando más quimeras a la quimera original y afirmemos, por ejemplo, que la diferencia entre el panal de abejas y la fábrica está en la Libertad del ser humano. La diferencia es mucho menos abstracta y etérea. Está mucho más a mano y saltaría inmediatamente a la vista si nos detuviésemos solo un poco a mirarnos en el espejo. La diferencia es casi una perogrullada: está en que el Hombre es mucho más complejo. Mientras la abeja está específicamente construida para la vida del panal y para fabricar miel, el Hombre está construido por millones de años de evolución para mucho más que tan solo para fabricar objetos y consumirlos.



La persona real de nuestra sociedad se halla, así, alarmantemente sumergida en toda una secuela de ficciones y de hipocresías lo cual, en sí, sería por cierto lamentable pero no especialmente grave si no fuera por el hecho de que esta serie de quimeras amenaza con destruir los vínculos básicos concretos que hacen a la estructura real de la sociedad en Occidente.

Ficciones hemos tenido siempre y, en principio y en teoría, no hay motivo para suponer que las del medioevo o las del renacimiento eran mejores, o peores, que las actuales. Pero, en la práctica, las contemporáneas resultan especialmente peligrosas porque corroen las relaciones que permiten en absoluto la construcción de una estructura social. Porque, así como no podemos abusar infinita e impunemente de la Vida imponiéndole condiciones que a la larga no puede aceptar, del mismo modo no podemos tampoco atentar impunemente contra un comportamiento que no es sino el resultado de miles y miles de años de evolución social. La única diferencia, quizás, es que las consecuencias no son tan fáciles de predecir.

Durante las cuatro o cinco últimas décadas nos hemos ido acostumbrando a la idea del cambio y a la aceptación implícita de que el cambio es bueno. Sin embargo, cambios que modifican conductas de una raigambre de quizás millones de años son, como mínimo, peligrosas y eso suponiendo que sean posibles en absoluto. Con lo que quedamos expuestos a una doble amenaza: al desastre que podemos producir por introducir un cambio disfuncional y al otro desastre que podemos provocar por tratar de producir un cambio con el cual, después, nos resulte imposible convivir.

Nuestro entorno ha sufrido enormes cambios en muy poco tiempo si medimos ese tiempo en términos históricos o biológicos. Lo que aún está por demostrarse es el valor real de dichos cambios. Desde un punto de vista estrictamente práctico, los cambios económicos han sido en buena medida favorables; eso es indiscutible e indiscutido. La sociedad-fábrica produce bienes con una mayor variedad y una mejor calidad que la sociedad-taller o la sociedad-granja. Permite, además, la supervivencia de una cantidad también mayor de personas, en condiciones más cómodas y placenteras.

Pero ha logrado todo esto usando seres humanos que eran producidos por un sistema social determinado, que no fue cambiando ni al mismo ritmo ni con la misma profundidad que los métodos de producción. Un sistema social que, aún a pesar de toda una gran carga de ficciones formales, consiguió retener la vigencia de una cantidad importante de pautas, reglas y normas de conducta reales en su sustrato básico.

Referencia:

Martos, Denes. (2015). El desafío del Siglo XXI. Recuperado de:
<https://docs.google.com/document/d/1Te2iUHenY29PxX6faq4Bpzk7E969WDseJNqw0YDKktU/edit>